

ROSENCRANTZ Y GUILDESTERN O EL REENCUENTRO CON LA MUERTE

Francisco Durán (Taller de Crítica de Punto de Partida)

Desde que el hombre tuvo conciencia de que su existencia terminaría, la muerte fue para él una incógnita, un enigma. ¿Qué hay después de la muerte? El reencuentro con los dioses, el goce de placeres en paraísos indescriptibles, el castigo o la nada.

En la época de la tragedia griega, la muerte tuvo para el ser humano mucha importancia. Los personajes de las tragedias morían castigados por los dioses, a manos de sus enemigos, o bien víctimas de sus incestos, patricidios y matricidios. La muerte viene a tener el sentido de un castigo al que estaban condenados indefectiblemente los personajes. La muerte de Layo a manos de Edipo se anuncia desde el principio de la tragedia y la demencia que provoca Atenea en Ajax y que lo lleva al suicidio, son hechos cuyo devenir dentro del argumento conducen a los protagonistas a la muerte, circunstancia que marca el fin del personaje y de la obra.

Con la aparición del cristianismo, la muerte toma otro cariz: deja de ser un hecho al que va el hombre, para convertirse en premio o castigo según el comportamiento del ser humano. El cielo se abre para el hombre bueno y el infierno para el malo. Junto con este sentido de esperanza que adquiere la muerte, la vida pierde su sentido para pasar a ser lo que Santa Teresa llamara: "Una mala noche en una mala Posada." La vida viene a ser un sueño, una ilusión, algo efímero y pecaminoso. El Quijote dice: ". . . Sólo la vida humana corre a su fin más ligera que el viento, sin esperar renovarse, si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten."¹

La vida pierde importancia para ser un escalón que llevará al hombre a la muerte, punto final de esta vida y principio de la "otra vida"; la muerte es vida y la vida es muerte en el teatro español renacentista.

Para Shakespeare, la muerte viene a ser el resultado de una locura, una enajenación o un sentimiento. Otelo mata a Desdémona por celos; Macbeth, perseguido por la culpa de un asesinato, muere en batalla, y Hamlet, alucinado por la imagen de su padre, clama venganza contra su tío, a quien mata antes de morir. La vida es una pasión o una locura que lleva a los protagonistas a un deceso como trágica cúspide de su vida. La muerte es la realización de las pasiones.

En el romanticismo, cuando la pasión se exalta al máximo, es decir, cuando se ama con locura o se odia sin límites, la muerte desempeña el papel de frustración amorosa. La muerte de Eloísa frustra la pasión de Abelardo, y la de Margarita a Armando. La muerte cambia de sentido para ser ahora el fin del romance y el nacimiento de la desesperación, de la tristeza y la esperanza de reunirse con la amada a través del amor, obviamente después de la muerte;

la muerte es, pues: separación, esperanza de unión y sentido del amor.

Contra esta corriente literaria de la exaltación del sentimiento, surgen, al terminar el siglo pasado y principios del XX, el realismo y el naturalismo, nuevas corrientes literarias que exponen la vida y sus hechos de una forma cruda y real. Estas corrientes consideran a la muerte como un hecho inevitable e inherente a la vida. Por tanto, la muerte pierde todo su sentido de castigo, esperanza o tragedia, y al perder toda posibilidad de interpretación, se hace a un lado para dar paso a la vida. La vida pasa a ser el tema más importante: es medio y fin; la vida y sus valores pasan a ser la temática del siglo XX. El enfoque que el hombre da a la vida sitúa a ésta en tela de juicio, y como resultado sobreviene una crisis de valores que llevan al hombre a preguntarse si tiene la vida algún sentido. La existencia se plantea entonces como un absurdo en la que los actos y sus consecuencias no tienen razón, lo que hace que nazca el Teatro del Absurdo. Becket, partícipe de esta corriente, dice en *Final de partida*: “luego, un día, de pronto, esto termina, cambia, no comprendo, se muere, o soy yo, no comprendo, tampoco lo comprendo”. La sinrazón de vivir, es decir, lo intrascendente de los actos humanos, muestra al hombre lo absurdo de su vida.

Contemporánea a esta teoría, y contraria a ella, surge la filosofía de Sartre, la cual plantea que la vida sólo tiene sentido en tanto que se actúa, ya que sólo a través de la acción el hombre se realiza. El hombre muere sólo en tanto que la muerte signifique realizar esta acción que dará sentido a su vida anterior.

La muerte como castigo o premio, realización de las pasiones o fin del amor, pierde su sentido para dar paso al sentido o sin-sentido de la vida. El hombre actual ha hecho a un lado a la muerte, ha dejado de pensar en ella, para preguntarse si la vida tiene o no un sentido; recobra el hombre la vida para angustiarse con ella.

La persecución de la muerte y la predestinación a ella nos es presentada de nuevo por Tom Stoppard en su obra *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. La recreación de dos personajes del *Hamlet* de Shakespeare, Rosencrantz y Guildenstern, figuras que en la obra de Shakespeare apenas aparecen, en esta obra de Stoppard llevan el papel principal. El príncipe de Dinamarca ocupa un segundo plano.

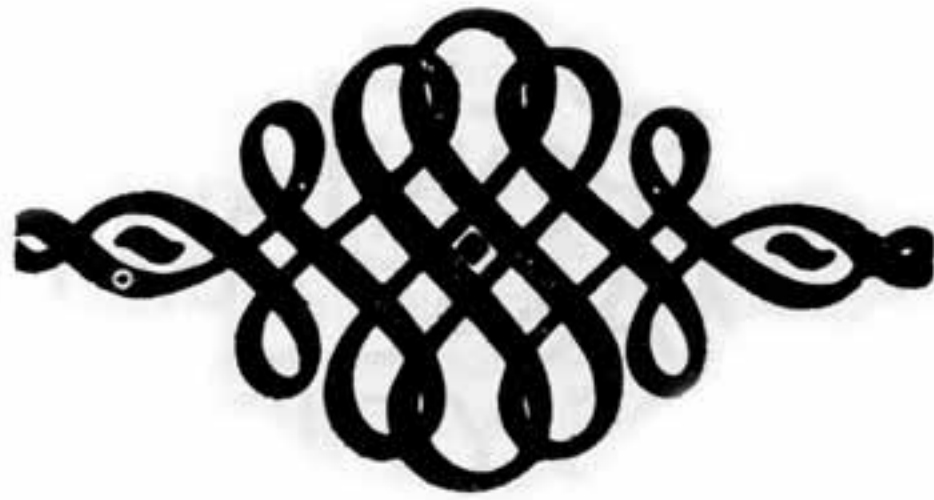
Rosencrantz y Guildenstern se encuentran camino de la corte de Dinamarca, llamados por el rey Claudio. Juegan a la suerte con monedas, para buscar en ellas una respuesta del porqué acudieron a ese llamado. Los preocupa que algún percance pueda ocurrirles y dan a entender que ese acontecimiento es quizá la muerte.



Casualmente se topan en el camino con unos comediantes con quienes apuestan y tienen un juego de palabras e ideas un tanto agresivos. Los comediantes hacen lo que sea por dinero, desde tener relaciones sexuales hasta, obviamente, actuar. Su especialidad es representar todo tipo de muertes: envenenamiento, duelo, apuñalamiento, horca, etcétera. Abandonan a los comediantes para seguir su camino a la corte. . .

Por fin llegan a ésta. El rey Claudio y la reina Gertrudis, tío y madre de Hamlet, encargan a Rosencrantz y Guildenstern que averigüen qué sucede a Hamlet, y que sirvan como medio de distracción al príncipe. Nuestros dos personajes traman cómo sacar a su antiguo amigo la información requerida, y cuando por fin logran llegar a él, sólo consiguen respuestas evasivas y burlas de Hamlet. Finalmente, los protagonistas se encuentran en un barco rumbo a Inglaterra, donde deberán entregar una carta al rey inglés. En ella Claudio pide al soberano que ordene la ejecución de su sobrino. Rosencrantz y Guildenstern leen la carta y dudan sobre qué hacer, hasta que deciden dejar que los hechos se desarrollen por sí mismos. Hamlet, conocedor del contenido de la carta, cambia ésta por otra en la que se pide que sus portadores sean ejecutados. El barco sufre el ataque de unos piratas. En la lucha, desaparece Hamlet y quedan en el barco sólo los protagonistas y los comediantes que huían de Dinamarca. Al saber que el príncipe ha desaparecido, se angustian al preguntarse a quién van a presentar al rey inglés para que sea ejecutado. Representan la escena que les espera ante el monarca y vuelven a leer la carta por la que se enteran que los ejecutados serán ellos. Desesperados, agreden a los comediantes, quienes a su vez fingen mil formas de morir, lo que les angustia aún más. Termina entonces la obra con la conciencia que ¿quién es el actor y quién el público? , ¿quién en realidad actúa? toman los protagonistas de que la representación de los comediantes es ficticia; que éstos pueden repetir su escena cuantas veces quieran, mientras que a ellos, Rosencrantz y Guildenstern, les espera una muerte segura cuando lleguen a Inglaterra.

Los diálogos de Stoppard, con escenas del *Hamlet* de Shakespeare, redondean el "Collage" de la obra. La inexplicable situación en que se encuentran envueltos los protagonistas, es decir: el sentirse perdidos en el palacio, el no saber manejar esta situación y lo consciente que son de ello, llevan a Rosencrantz y Guildenstern a la muerte. Mientras tanto, el director de los comediantes, que actúa siempre dentro y fuera de su supuesta escena, es el que sabe manejar las situaciones: escapar de morir y sobrevivir a costa del papel que siempre representa; es este comediante quien nos plantea una antítesis de las situaciones de Rosencrantz y su compañero. Al manejar la problemática humana en función de un "saber vivir", se convierte en director de los



comediantes dentro y fuera de la obra; y el hecho de perderse en situaciones creadas por ellos mismos y la confusión que los lleva a la muerte obligan a Rosencrantz y Guildenstern a convertirse en símbolos del hombre.

Se plantea la irrealidad y realidad dentro y fuera del escenario: ¿quién es el actor y quién el público? ¿quién en realidad actúa? La incertidumbre de estas preguntas, junto con diálogos llenos de juegos de ideas y palabras, además de la angustia ante un destino incambiable, nos conducen indudablemente a reflexionar sobre la muerte. Similar en ciertos aspectos al Teatro del Absurdo (por las situaciones inexplicables en que se ven los personajes) y complementaria a la teoría de la acción de Sartre (manejar la acción para poder vivir) la obra de Stoppard consigue hacernos pensar.

En el Foro Isabelino de la Universidad, ambientando sobriamente a la manera de la época de Hamlet, se representó la obra de Tom Stoppard. Dirigió Rubén Broido, quien supo impartir el carácter indicado a la obra, mantenerla en un ritmo ligero que a la vez no le resta fuerza. Broido hizo trabajar acertadamente a los actores. La naturalidad e ingenuidad reflexiva de Rosencrantz y la angustiosa conciencia de los hechos que envuelven a Guildenstern, nos la representaron extraordinariamente Patricio Castillo y Claudio Obregón; secundados por la picardía, la presteza y agilidad del director de los comediantes, papel que representó Héctor Ortega. Los papeles secundarios no trascendieron a más, aunque no le restaron mérito a la obra. El escenario y el vestuario, adaptados a la época, complementaron la obra, pero bien se podía haber prescindido de ellos. En resumen: Broido supo captar la fuerza y el mensaje de Stoppard; logró transmitirlo y hacernos reflexionar; hacernos sentir Rosencrantz y Guildenstern, compartir su dialéctica, sus divagaciones, deducciones, angustias y situaciones, y participar también del papel que representa el director de los comediantes, es decir, la conciencia de desempeñar un papel en que representamos a la vez, nuestra muerte. Somos actores de nuestras vidas y lo único que escapa de nosotros es la forma de morir. Personajes que llevan un segundo plano en Hamlet, llevan ahora el papel principal; uno y otro, en sus respectivas obras, mueren: un denominador común los iguala, la tumba.

Rosencrantz y Guildenstern han muerto,
obra en tres actos de Tom Stoppard.

Dirección de Rubén Broido.

Representada en el Foro Isabelino
por Claudio Obregón, Patricio Castillo
y Héctor Ortega en los papeles principales.